

ESCUELA ACTUAL Y FAMILIA ACTUAL: UNA RELACIÓN NECESARIA

Juan Antón Rodríguez

Si queremos centrarnos en lo que comprende el título de esta intervención, parece obligado, delimitar los ámbitos o conceptos sobre los que trataremos a lo largo de ella.

- En primer lugar hablaremos del concepto de familia y de su importancia.
- En segundo lugar trataremos de analizar el nuevo escenario familiar: los distintos tipos de familia, los nuevos modelos, las nuevas estructuras y las nuevas situaciones.
- Y por último, nos ocuparemos de las necesarias relaciones familia-escuela y los horizontes que se abren para la colaboración

Para aproximarnos al **concepto de familia**, podemos empezar por recoger la del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española quien la define como: "*Grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas*".

Según la enciclopedia Larousse una familia es "*un conjunto de personas de la misma sangre, del mismo linaje, de la misma casa*".

Otra definición interesante es la que nos ofrece el Profesor Ríos González, (1983), quien se refiere a la familia como "*grupo humano primario en el que los individuos nacen, establecen unos contactos, realizan un tipo de encuentro y en el que encuentran el ambiente propicio para establecer un tipo humano de comunicación enriquecedora y perfecta*".

Vemos que en las tres definiciones se contempla un nexo de unión estable entre sus miembros, que aporta seguridad física, psicológica y emocional, y desde nuestro punto de vista personal, lo que parece fuera de toda duda es que la familia, entre otras cosas, aporta al individuo apoyo y confianza, respeto, autoestima, compañerismo, comunicación, etc. necesarios para un desarrollo armónico de su personalidad.

La misma Declaración Universal de los Derechos del niño, en la línea de la definición de Ríos, recoge, de manera reiterada la necesidad de vincular al niño a una familia, o relación familiar, que le proporcione un ambiente afectivo positivo y que facilite el desarrollo armónico de su personalidad

Por otro lado, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la contempla como el elemento natural y fundamental de la sociedad y le reconoce el derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Se podría decir que los lazos principales que definen una familia son de dos tipos: vínculos de afinidad derivados del establecimiento de un vínculo reconocido socialmente, como el matrimonio, que, en algunas sociedades, sólo permite la unión entre dos personas mientras que en otras es posible la poligamia, y vínculos de consanguinidad, como la filiación entre padres e hijos o los lazos que se establecen entre los hermanos que descienden de un mismo progenitor.

De ella se ha dicho que es el primer y mejor Ministerio de Sanidad, el primer y mejor Ministerio de Educación, el primer y mejor Ministerio de Bienestar Social.

Así, concluyendo, entendemos que la familia constituye un espacio de aprendizaje enriquecedor, un contexto de socialización y educación que permite interiorizar conocimientos y saberes, habilidades y valores (socialización primaria), donde el afecto es la base de la relación entre sus miembros y donde las acciones educativas son reiteradas y se dan de manera continuada y asistemática: todos educan y son educados pero, generalmente, se carece de un método.

Esta socialización primaria constituye la base sobre la que se debe apoyar otra socialización distinta y complementaria (secundaria) que se producirá en la escuela, valiosísima para la génesis de individuos sanos, capaces de aportar y de integrarse en una sociedad.

Si la familia es la matriz primera de la identidad, la escuela es la puerta que abre hacia la verdad histórica del hombre y hacia la personalidad compleja. Sin arraigo primigenio no hay capacidad de vuelo hacia las alturas y distancias.

Antes que ciudadano, el hombre es miembro de una familia, de la primera y más importante de las formas de convivencia, de la tradición más antigua de nuestra especie.

Si la humanidad no se hubiera organizado en familias, tampoco habría podido organizarse en naciones.

Si imaginamos un mundo envuelto en los terrores del Apocalipsis, es seguro que encontraríamos:

- un organismo superviviente: la bacteria
- un mamífero con grandes posibilidades de resistir: las ratas
- y una institución llamada a construir el nuevo orden: la familia.

Entre los rasgos esenciales de la familia figuran la comunidad de vida, los lazos de sangre, una unión basada en el amor, y tres fines de máxima importancia: proporcionar a sus miembros bienes necesarios para su vida, criar y educar a los hijos, y ser célula de la sociedad.

Sin familia, la especie humana no es viable, ni siquiera biológicamente. Un niño, una anciana, un hombre enfermo, no se valen por sí mismos y necesitan un hogar donde poder vivir, amar y ser amados, alimentados, cuidados.

El hombre es un ser familiar, precisamente porque nace, crece y muere necesitado. Además, todo hombre es siempre hijo, y esa condición es tan radical como el hecho de ser varón o mujer.

“Ningún niño nace de una encina”, escribió Homero, y tampoco en soledad, sino en los brazos de sus padres: nace para ser hijo.

La familia confiere estabilidad. El hecho de ser hombre y mujer hace a los padres naturalmente complementarios: son distintos entre sí, pero mutuamente necesitados desde las profundidades del cuerpo hasta las cimas del alma. Y en su unión familiar, ambos han de aceptar la obligación de un compromiso protector, entre

otras cosas porque los hijos necesitan su tiempo, su dinero, su ejemplo, sus conocimientos y sus energías.

En la familia todos son necesarios y se necesitan entre sí. Con independencia del día y del momento. Y si no, que se lo pregunte a Mafalda cuando, por la noche, es sorprendida por su madre con la luz encendida y ésta le dice: «*¡Mafalda, apaga esa luz y duérmete de una vez, que son las doce y pico!*». En las viñetas siguientes, la niña obedece y apaga la luz, mientras refunfuña y dice para sí: «*¡Horas extras! ¡Además de ser la madre de una todo el día, encima hace horas extras!*».

Aunque algunos la cuestionen, la familia aparece como naturalmente estable y monógama, de acuerdo con los sentimientos naturales de sus miembros más débiles: a los niños les cuesta mucho soportar la separación de sus padres.

La humanidad descubrió muy pronto que el amor, la unión sexual, el nacimiento de un hijo, su crianza y educación, sólo son posibles si existe una institución que sancione la unión permanente de un varón y una mujer. La fuerza del impulso sexual es tan grande y la crianza de los hijos tan larga que, si no se logra esa unión con estabilidad y exclusividad, esas funciones se malogran, y la misma sociedad se ve seriamente perjudicada.

Sería equivocado ver la familia como célula de la sociedad tan sólo en sentido biológico, pues también lo es en el aspecto social, político, cultural y moral. Virtudes sociales tan importantes como la justicia y el respeto a los demás se aprenden principalmente en su seno, y también el ejercicio humano de la autoridad y su acatamiento.

Las crisis y dificultades sociales, económicas y demográficas de las últimas décadas han hecho redescubrir que la familia representa un valiosísimo potencial para el amortiguamiento de los efectos dramáticos de problemas como el paro, las enfermedades, la carestía de la vivienda, las drogodependencias o la marginalidad. La familia es considerada hoy como el primer núcleo de solidaridad dentro de la sociedad, siendo mucho más que una unidad jurídica, social y económica. La familia es, ante todo, una comunidad de amor y de solidaridad.

La familia es, por tanto, insustituible desde el punto de vista de la pedagogía social. Su propia travesía, por encima del oleaje de los pequeños o grandes conflictos inevitables, es ya una escuela de esfuerzo y ayuda mutua. En esa escuela se forman los hijos en unos hábitos cuyo campo de aplicación puede fácilmente ampliarse a la convivencia ciudadana. De hecho, la convivencia familiar es una enseñanza incomparablemente superior a la de cualquier razonamiento abstracto sobre la tolerancia o la paz social.

En suma, la familia:

- Es la institución que sirve de apoyo a la sociedad, a la vez que es apoyada por ésta.
- Es una organización primaria, basada en un origen común y destinada a conservar y transmitir pautas y rasgos de vida física, mental y moral.
- Se reconoce como una institución en donde el niño asimila la asignación de roles básicos fundamentales para su adaptación e integración. Estos roles pueden ser instrumentales o emocionales y se van desempeñando adecuadamente según la edad en las diferentes etapas de la vida familiar.

- Es la más amable de las creaciones humanas, la más delicada mezcla de necesidad y libertad. Solo ella es capaz de transmitir con eficacia valores fundamentales que dan sentido a la vida, y eso la hace especialmente valiosa en un mundo donde quiere dominar el sinsentido.

Y lo que parece fuera de toda duda es que goza de gran importancia para educadores y para los propios jóvenes, como lo demuestran estudios recientes, como el realizado por la Fundación Santa María "Jóvenes 99", donde se recogen conclusiones como las siguientes:

- Preguntados por las tres cosas más importantes, la mayoría ponen en primer lugar la familia, concretamente "Mi familia", por encima de amigos, trabajo o dinero, por ejemplo.
- Más del 90% de los jóvenes viven con sus padres.
- Ha decrecido la natalidad, pero ha aumentado el porcentaje de jóvenes que se quedan de momento con sus padres, en el hogar paterno.
- A mayor nivel de estudios corresponde una mayor estima de la familia.
- La familia ocupa el indiscutido primer lugar cuando se trata de los valores / ideales propios, y el dinero el quinto. Pero cuando se trata de valores / intereses de los otros, el dinero desplaza a la familia al segundo lugar colocándose el primero.
- En cuanto al modelo de relaciones padres – hijos, el que predomina es el modelo democrático o de apoyo (41%), caracterizado por un clima familiar armonioso y distendido en el que prevalece el diálogo, la comunicación y la recompensa. Le sigue el modelo autoritario (20%), basado en la coerción física y verbal, en la ausencia de diálogo, favorecedor de un clima familiar tenso y conflictivo. En último lugar encontraríamos un tercer modelo, el permisivo (11%), errático, sin método ni pautas coherentes de acción con los hijos, y con un mensaje de impotencia y desbordamiento en la tarea educativa, definida por la apatía y el desinterés.

Desde el punto de vista estructural podemos entender la familia como un sistema:

- Donde todos los miembros son necesarios. Si cambia uno, el sistema entero cambia. Ej. Cuando un hijo se casa y se va del hogar, la familia cambia. Todos son necesarios, incluidos los abuelos.
- Que funciona por unas leyes (normalmente implícitas) que son conocidas y aceptadas por todos. Ej. Pedir el permiso para llegar más tarde a papá y el dinero a mamá. Ej. El 'listo de la familia', el 'patoso', el 'gracioso'. ...
- Donde existen alianzas implícitas. Ej. La madre con la hija mayor. En las discusiones familiares se ve cómo, generalmente, automáticamente un miembro defiende a otro.
- Que tiende a estar en equilibrio y a permanecer en el tiempo. Ej. Yo sigo siendo el niño en casa. De ahí la dificultad de cambiar las relaciones. Si las cambiamos, cambiamos la familia. (no tanto las personas, sino las relaciones).
- Que funciona con arreglo a sus propias leyes. Según sean esas leyes o normas, la familia será más o menos "funcional".

La familia es una comunidad de vida y de afecto indispensable para el pleno desarrollo y maduración del ser humano, así como para el descubrimiento y asunción de su dimensión comunitaria, que es la que le da su verdadero sentido y valor social, y todas estas funciones las desarrolla en un mundo cambiante que como lo que ocurre a su alrededor, incide directamente sobre ella, por lo que se hace necesario conocer y analizar estos cambios.

La familia no es una institución que se desarrolla al margen de la sociedad, sino que forma parte de la estructura social. Este microsistema social que es la familia, como cualquier institución social, se ha ido adaptando al contexto y a la sociedad, de manera que las formas de vida familiar son muy diversas, dependiendo de factores sociales, culturales, económicos y afectivos.

Por ello, los importantes, profundos y acelerados cambios operados en la sociedad postindustrial han afectado notablemente a los hábitos y modos de vida familiares, generando no sólo nuevos estilos de convivencia familiar, sino incluso nuevos tipos de hogares y de familias.

Se puede afirmar sin ningún género de dudas que el cambio social que está originando más vivencias traumáticas ha sido el aumento de divorcios y rupturas familiares. Sin embargo, a pesar de la crisis por la que atraviesa, la familia no parece tener alternativa viable: es la institución educativa más sencilla y universal, la más económica y eficaz, y también la única capaz de proporcionar una educación completa.

Para facilitar la comprensión y alcance de la complejidad de la situación intentamos clasificar los distintos tipos de familias que nos encontramos actualmente:

▪ **Según los lazos biológicos:**

- **Familia nuclear**, formada por la madre, el padre y su descendencia, sin más parientes, que aún permanecen en el domicilio de los padres y que cooperan económicamente.

En los últimos años se viene observando una mayor prolongación de la permanencia en el hogar paterno de los hijos mayores y solteros, unos porque no encuentran empleo y, otros, porque aunque están colocados, prefieren la instalación familiar, más cómoda, más económica, más barata, aunque ello suponga un recorte de su independencia y de su libertad. (Lago Carballo, A. 1988, 56-57).

- **Familia extensa**, formada por dos o más familias nucleares o parientes cuyas relaciones no son únicamente entre padres e hijos. Una familia extensa puede incluir abuelos, tíos, primos y otros parientes consanguíneos o afines. A este grupo de convivencia estaban incorporados los servidores, los criados de la casa y, en ocasiones los tíos y tías solteras, viudos, etc..

▪ **Según los vínculos afectivos de unión:**

- **Familia adoptiva**, si acoge permanentemente a hijos no biológicos.
- **Familia educadora**. Surge cuando una familia se ve abocada al cuidado y educación de miembros de otra familia que por determinadas circunstancias no pueden hacerse cargo de su

manutención y educación. Como ejemplo, aquellas familias cuyos padres están en prisión, o las familias de hijos huérfanos, o de padres emigrantes, acogidas temporales, etc.

▪ **Según su estructura:**

- **Nuclear intacta, integrada o estructurada**
- **Desestructurada** Es aquella que presenta una constante conflictividad y una permanente perturbación en el grupo familiar. También, la familia puede ser calificada como desestructurada, por la ausencia del núcleo básico que conforma físicamente una familia.
- **Horizontal o reconstruida**, si la componen la pareja e hijos de anteriores relaciones.
- **De hecho**, o unión estable de pareja, similar a la conyugal y sin un vínculo formal institucional
- **Familia monoparental**, en la que el hijo o hijos vive(n) sólo con uno de los padres: madres solteras, anulaciones, separaciones, problemas de emigración, etc.
- **Familia homoparental**, en la que el hijo o hijos vive(n) con una pareja homosexual.

Según sus hábitos y costumbres y patrones de comportamiento:

- **Familia tradicional**
- **Familia moderna**
- **Familia rural**
- **Familia urbana**

Según sus relaciones intrafamiliares:

- **Familia funcional**
- **Familia disfuncional o conflictiva**

Entre los cambios que han afectado de un modo más importante la **composición, estructuras familiares, nuevos estilos de vida familiar** la mayoría de los sociólogos convienen en destacar los siguientes:

- El descenso de natalidad, encontrándose en la actualidad entre las más bajas de Europa.
- Las nuevas condiciones del trabajo, que imponen largos desplazamientos y ausencias prolongadas del hogar.
- El matrimonio no se define por la legalidad y se dan matrimonios de hecho. Pierde el carácter institucional.
- La mujer se emancipa y se intenta la igualdad de trato y funciones en el hogar. La casa es de los dos y no sólo de ella.
- El trabajo de la mujer casada fuera del hogar.
- La irrupción en el marco familiar de los medios de comunicación audiovisuales.
- Aumenta el divorcio, también las segundas nupcias.
- La economía constituye el eje de la vida familiar.
- El elevado desempleo
- Se generalizan los medios anticonceptivos y se controla la sexualidad en beneficio de la pareja, no de la familia.
- Hay un cambio intergeneracional, se alargan los períodos de adolescencia y juventud dentro de la casa paterna y materna, aumenta

la edad de matrimonio y aparece la tercera edad en el horizonte social para realizarse y vivir mucho tiempo.

- La transmisión de los bienes y patrimonios no pasa a los hijos tan pronto como antes, por lo que la organización patrimonial en beneficio de los hijos se hace a lo largo de toda la vida.
- En las sociedades tradicionales todavía podemos encontrar un buen número de familias extensas, así como en las sociedades industrializadas aumenta el número de familias monoparentales y/o desestructuradas.

De tal manera que, teniendo en cuenta estos cambios, podríamos hablar de un “antes” y un “después” en la familia:

Antes:

La familia estaba constituida por más miembros: casi todas eran familias numerosas. Era muy frecuente la familia extensa en la que convivían varias generaciones (abuelos, padres, varios hijos, tíos solteros o viudos, etc.).

Por tanto había más oportunidades de interacción entre sus miembros de manera que todos se educaban entre sí. Era muy frecuente que los hijos mayores se encargasen muy directamente de la educación de los más pequeños o, al menos, se responsabilizasen de su cuidado mientras los padres se dedicaban a otros menesteres para traer el sustento necesario al hogar, a las labores de la casa, o al cuidado de otros familiares más necesitados. Frases muy oídas hace años: “Encárgate de tu hermano”, “¡Como te vea mamá hacer eso ...!”, “papá no nos deja hacer esto”, etc..

La familia gozaba de mayor estabilidad porque no se concebían situaciones alternativas: era la única posible. Se percibía un apego familiar sólido y fuerte.

Había menos tensiones y estrés. Los padres estaban menos ocupados en sus trabajos, con horarios y turnos que facilitaban la conciliación de la vida familiar y laboral.

Posiblemente se gozaba de creencias y convicciones más firmes. Había reglas familiares fijas. Y si no que se lo pregunten a la célebre Lulú, aquella niña de la familia Telerín que nos mandaba a la cama, junto con sus hermanos, a una hora concreta. ¡Y lo hacíamos sin rechistar!. No se cuestionaba nada ni se relativizaban situaciones: “lo ha dicho papá/mamá”; “las cosas se hacen así porque es la manera mejor”; “lo han dicho en la escuela”; etc.

Todos tenían un rol o función en la familia y se daban situaciones de mayor cooperación en las tareas de la familia: hijos con responsabilidades concretas, hijos que ayudaban a sus padres en las tareas, trabajos o faenas del campo.

En ocasiones la propia familia proporcionaba el trabajo, en el oficio de los padres, se encargaba de la formación religiosa, de las actividades de recreo y la socialización de los hijos

Ahora:

La familia actual tiene un carácter más urbano, con todo lo que ello conlleva: desplazamientos largos, ocio consumista, dificultades de expansión, viviendas pequeñas, etc.

En las últimas décadas se ha producido una importante reducción de familias extensas. En la inmensa mayoría de los hogares conviven familias nucleares de dos generaciones: padre, madre y con hijos.

Las familias tienen menor número de miembros.

Se ha producido un incremento importante de familias monoparentales, como consecuencia de los divorcios o por libre elección de la madre.

Son cada vez menos excepcionales las uniones no matrimoniales, las parejas sin descendencia, o las familias “combinadas”, con hijos procedentes de uniones anteriores.

Los hijos son pocos y en algunos casos solamente adoptados. A causa del estrés y del ritmo de vida, son frecuentes las dificultades de concepción por parte de las parejas. De tal manera que el 13 % de los jóvenes españoles no tiene hermanos y vive solo con uno de sus progenitores (en 9 de cada 10 casos, la madre).

Las reglas familiares son más flexibles y, en ocasiones, contradictorias entre ambos cónyuges. Mucho más en casos de separación.

Los padres son tardíos, cada vez más mayores. La media de edad de las mujeres españolas que son madres por primera vez, supera los 30 años.

Hay más influencias sociales (no siempre buenas) en la familia. La irrupción violenta de los medios de comunicación que elevan a la categoría de verdad absoluta la opinión indocumentada de cualquier famosote hace que se cuestionen, sin someterlo a ningún tipo de contraste, situaciones y planteamientos básicos.

Se reciben mensajes subliminales y menos subliminales donde de eleva a “normal” lo que, simplemente, es habitual o frecuente.

Seguramente podemos recordar cualquier serie de televisión donde la familia esté compuesta de cualquier manera, con relaciones que en otro tiempo serían aberrantes o impensables y hoy se nos estén presentando, no ya como una familia modelo, sino como una familia “normal”.

Muchas mujeres se han incorporado al mundo laboral, lo que, unido a que el trabajo se realiza, normalmente, fuera del hogar y en ocupaciones diferentes, supone que ambos progenitores están menos tiempo en el domicilio familiar.

Hay escasas posibilidades de relación entre sus miembros: padres e hijos permanecen poco tiempo en casa. Según el informe “Jóvenes y Valores” elaborado y publicado por Obra Social de La Caixa, en 2006, cuatro de cada diez familias (un 25%) tienen nula comunicación entre sus miembros.

De la socialización de los hijos ya se encargan los amigos, los medios de comunicación y las redes sociales.

Se reducen las responsabilidades familiares concretas y aumenta el número de guarderías y de personas ajenas a la familia que cuidan de los hijos de edades

tempranas. En definitiva, se manda antes a los hijos a las aulas, lo que implica que en el primer proceso de socialización de los niños ya no interviene preferentemente la familia y la escuela tiene un protagonismo mucho mayor.

Un caso real muy definitorio de esto podría ser el de aquella niña de una escuela infantil madrileña que todos los días le decía a su profesora que estaba triste. Ésta extrañada por la insistencia de la pequeña le preguntó sobre los motivos de su tristeza, a lo que la pequeña contestó: “es que estoy harta de las chicas”.

Pensando que tendría algún problema con sus compañeras de clase, le preguntó con qué chicas tenía problemas. La pequeña respondió: “son las chicas que me cuidan. Una me levanta por las mañanas, me da el desayuno y me trae al colegio, y otra, por las tardes, me recoge, me da la merienda, me lleva al parque, me baña, me da la cena y me acuesta”.

Intrigada por la situación, la profesora le preguntó: ¿Y, entonces cuando ves a tus padres?. “Los fines de semana, cuando vamos al hipermercado a hacer la compra”.

Se buscan colegios que recojan a los niños muy temprano (si es preciso, en pijama y sin desayunar) y que tengan actividades extraescolares hasta muy tarde.

Eso hace posible la dedicación al trabajo, al que se le concede excesiva importancia, quizás porque se ha invertido la escala de valores: quiero que tengan un piso mejor, un coche mejor, unos juguetes mejores, etc. y me olvido que lo que necesitan es un padre presente o una madre más tranquila.

Son muchas las viñetas de Forges, que sistemáticamente nos recuerdan la necesidad que sienten los niños de hoy día, de que sus padres pasen más tiempo con ellos. Recuerdo especialmente aquella en la que se ven a los Reyes Magos, semienterrados en cartas, donde Melchor dice: “otro niño que pide que sus papás no trabajen 12 horas diarias”. Gaspar responde “¡Tiempos aquellos!; y Baltasar concluye “¡Jo!. ¿Os acordáis cuando los niños nos pedían juguetes?.

Y por ir concluyendo estas diferencias entre la familia de antes y la de ahora, citaremos las amenazas a la estructura familiar (cambios de destinos, trabajos temporales lejos del hogar, viajes, relaciones laborales mal llevadas, etc. que generan inestabilidad y desapego en la familia.

Esto no supone que antes era mejor la familia, ni que ahora sea peor. Simplemente, la familia ha cambiado y con ella debe cambiar todo lo que, como la escuela, mantiene una estrecha relación con ella.

De otro modo, los educadores y la escuela estarían cerrando los ojos a una realidad que está ahí y que condiciona su labor.

¿Cómo responden las familias a estas situaciones?. Pues con un abanico de opciones que pasan por:

- Agobio y autculpabilidad
- Otras, al contrario, se desprecupan totalmente e ignoran la situación.

- Un buen número delegan en el colegio (a veces excesivamente) las tareas que le son propias en la educación y formación de los hijos.
- Otras optan por la excesiva sobreprotección intentando, rápidamente, resolver problemas que deberían responder los hijos, aunque les llevase más tiempo y supervisión por parte de los padres.
- Algunas se consuelan añorando el pasado y la relación familiar de que gozaron.
- Y otro número no desdeñable encuentra en la formación y en la colaboración con el colegio, la respuesta a estas situaciones.

¿Qué repercusiones está teniendo todo esto en los hijos?.

Según el estudio de la Universidad de Valencia: “Infancia y familias. Valores y estilo de educación”, publicado recientemente (ABC. Sociedad 28/06/10), los nuevos modelos de familia y carencias en educación han revolucionado la infancia, limitándola en el tiempo y robando su ingenuidad. Puede decirse que hay que decir adiós a la edad de la inocencia.

“La calle ha expulsado a los niños, así que éstos se refugian en Internet, la televisión y los móviles, lo que les lleva a apropiarse de modelos de comportamiento adulto: cada vez se es niño por menos tiempo. Así, problemas asociados a la tardía adolescencia, como el consumo de alcohol y tabaco, o las conductas reivindicativas con sus mayores, se presentan cada vez a más temprana edad”.

Los niños de los hogares monoparentales son los que pasan mayor tiempo solos en casa o acompañados de vecinos si no tienen la suerte de contar con “abuelos niñera”: esa nueva modalidad de relación de los abuelos con sus nietos. Más de un millón y medio de abuelos cuida de sus nietos todos los días, según datos del Ministerio de Asuntos Sociales de España.

Son “niños despertador”, “niños llavero” que se levantan solos y que regresan a una casa que está vacía y por eso han de llevar las llaves colgadas al cuello. Son niños más maduros (a la fuerza) pero que se muestran más tristes. Disponen de más medios externos para distraerse: videoconsolas, Tv., juegos, etc. y pasan largas horas dedicados en cuerpo y alma a pasar pantallas o haciendo zapping por los canales de Tv. Se calcula que unos 700.000 niños ven la televisión hasta avanzada la madrugada.

Según datos del informe-encuesta elaborado en 2008 por la Fundación Santa María, sobre la Infancia en España, uno de cada cuatro menores pasa la tarde sin compañía. Son niños que tendrán como referente la cultura de las tres pantallas: la del ordenador, la de la videoconsola y la de la televisión.

Sobrepeso, fracaso escolar, valores contrapuestos o inadecuados, son consecuencias inseparables de esta situación.

Todavía hay muchos padres que creen que el ordenador es instructivo y que no es malo que sus hijos pasen largas horas “aprendiendo” con él, sin control de ningún tipo. Quizás habría que mostrarles algunas páginas de las muchas que se abren en la red o invitarles a dar un paseo por las diversas redes sociales que frecuentan sus hijos. Entonces se darían cuenta de que el ordenador, no siempre cumple funciones educativas.

Paradójicamente, un 82% de los padres creen que son significativamente malos los ejemplos que ven en Tv. sin embargo no hacen nada por evitarlo. Estoy

seguro de que si tuvieran una niñera y ésta hiciera lo mismo que se ve en los programas de Tv. la despedirían inmediatamente. ¿Por qué no se ponen soluciones?.

En otros casos, estos niños, se ven obligados a pasar excesivas horas en esas salas de espera impaciente que se llaman “actividades extraescolares” que prolongan una jornada escolar ya de por sí intensa y dilatada y donde los educadores sustituyen a los padres.

Un 10% de las familias desarrolla conductas claramente inadecuadas para la educación de los hijos.

El 82,5 % de los niños tienen móviles que se encargan de cargar sus padres. Quizás eso les tranquilice más porque piensen que los tiene cercanos y localizados en cualquier momento, cuando la realidad es que no es así.

Investigaciones acreditadas recientes corroboran los planteamientos anteriormente expuestos y arrojan datos como los siguientes:

En un 56% de las familias trabajan tanto el padre como la madre

De las familias encuestadas tan sólo un 5% posee cuatro hijos, el 19% tiene tres, un 34% dos hijos y un 33% tiene un sólo hijo.

El 65% de las familias cuentan con ayuda de otros familiares para el cuidado de sus hijos durante determinadas horas del día, esta función la desempeñan principalmente los mismos hermanos (los mayores se hacen cargo de los más pequeños) y en porcentajes menores los abuelos y niñeras.

El 60% de los padres entrevistados creen que los niños los primeros años de vida necesitan el contacto de los padres y deben pasar la mayor parte del tiempo con ellos, pero contradictoriamente llevan a sus hijos a la guardería desde muy temprana edad (tanto las familias en las que trabajan los dos miembros como en las que sólo trabaja uno de ellos); éstos pasan varias horas frente al televisor y suelen jugar solos o con sus hermanos.

Tan sólo un 1,7% de los padres juega con sus hijos, porcentaje que consideramos extremadamente bajo.

Hemos llegado a la situación en la que los intereses de la sociedad adulta y los de la infancia parecen contrapuestos porque la escolarización precoz no es un avance social sino una situación negativa para la infancia.

Hoy la palabra “párvulo” que, según la Real Academia de la Lengua corresponde a un niño de muy corta edad prácticamente ha caído en desuso y está siendo sustituida por “preescolar”, palabra nueva que ni siquiera estaba recogida en la edición del Diccionario de 1970, y que significa “etapa educativa que precede a la enseñanza primaria”. Es decir, nos olvidamos del niño (persona) desvalido y lo sustituimos por aquel que ha de ser moldeado en la escuela (educando).

Los argumentos que alegan los padres sobre la escolarización de sus hijos a tan temprana edad son los siguientes:

- consideran muy positivas las relaciones que tienen con otros niños (socialización),

- los hábitos que adquieren (responsabilidad, comunicación, independencia, disciplina, autorrealización ...)
- la preparación para un futuro aprendizaje.

Esto es una muestra más de cómo las nuevas formas de vida familiar están poniendo a los niños cada vez a edad más temprana en contacto con la cultura escolar por ello consideramos vital la relación familia-escuela; haciéndose necesario delimitar y clarificar qué funciones corresponden a padres y profesores, y arbitrar caminos operativos para hacer efectiva una acción coordinada.

Y con esto ya entramos en la tercera y última parte de la exposición: **las necesarias relaciones familia escuela y los horizontes que se abren para la colaboración entre ambas.**

Para ello utilizaremos una frase de Federico Mayor Zaragoza, Director General de la UNESCO, quien sostenía que *“No existe ningún problema escolar del que pueda decirse que nace y muere en el centro docente. Si nace en el centro, se alarga en la familia y gran parte de los problemas que nacen en la familia terminan como problemas escolares en el centro. Todos son compartidos por estas dos instituciones a las que el alumno se halla doblemente referido y existencialmente ligado”*.

Esto ya nos da una idea de lo complejo de la situación: familia transformándose a pasos agigantados, escuela que se resiste a avanzar y que solo puede responder, de manera, reactiva al aluvión de demandas que recibe por parte de la sociedad. Ambos necesitando entre sí y condenados a entenderse.

Parece que los gobiernos toman conciencia de la importancia que tiene el tema porque, desde el año 2002, se ha comenzado a conmemorar el 14 de octubre como Día Europeo de los padres y la escuela. Junto con la del día del Maestro, ya tenemos dos celebraciones. ¡Como si esto fuera a ser el remedio!. ¿Es que es necesario conmemorar una fecha para tener presente algo que debe ser evidente?. ¡Cuando a uno le hacen homenajes!... ¡Malo!

Parece obvio que el panorama presentado nos conduce a situaciones muy difíciles para las que hay que ofrecer soluciones desde la escuela. ¡Una vez más, la escuela debe ofrecer soluciones al entorno y a problemas que no son propios de ella!

Según revela el IV estudio anual realizado por la Fundación Acción Familiar, sobre “Familia, escuela y sociedad. Responsabilidades compartidas en la educación”, hoy los padres desean ofrecer a sus hijos todo el bienestar material posible, lo que les obliga a jornadas laborales interminables. Como consecuencia, la familia pasa menos tiempo reunida y su papel como educadora empieza a ser asumido, de manera casi exclusiva por los otros agentes educadores: la escuela y la sociedad sustituyen a los padres en su tarea educadora.

Es importante que los padres reconozcan su papel primario como educadores, trabajen más con sus hijos, dediquen más tiempo a la convivencia familiar, estrechen relaciones afectivas y desarrollen hábitos de conducta relacionados con los valores porque suele ocurrir que los niños que no encuentran en casa los límites a su comportamiento suelen exportar sus maneras a la escuela.

No siempre los padres desempeñan su labor como principales educadores de sus hijos. Unas veces por incapacidad o dejadez, otras por desconocimiento y muchas por el poco tiempo que dedican a sus hijos. Así, el estudio indica que la búsqueda de

bienestar ha mermado en muchas ocasiones la calidad de vida entre padres e hijos, ha ocasionado muchas rupturas familiares e incluso violencia doméstica.

El informe incide también en la función insustituible de la familia como transmisora de valores y en su función como apoyo seguro a lo largo de la vida. En momentos en que las tasas de divorcio aumentan, es cada vez más necesario recordar que con éste lo que se rompe es, el matrimonio, no la familia, porque nunca se puede dejar de ser padre o madre.

Por otra parte, la escuela, en ocasiones se desorienta y pretende resolver por su cuenta y rápidamente lo que ha de resolver con ayuda y mucho tiempo. Quizás porque nuestra sociedad ha generalizado la tendencia a convertir en problemas educativos todos los problemas sociales pendientes.

Sí. Los problemas de la sociedad, inmediatamente se trasladan a la escuela.

Y si no, echemos un poco la vista atrás: hace unos días nos decían los medios de comunicación que nuestros hijos padecen sobrepeso y eso no es bueno. Solución: el ministerio de sanidad prohibirá las máquinas de refrescos, golosinas y bollos de los colegios. ¡Que para eso son las culpables del problema!. Remedio: los niños traerán los bollos de sus casas o sus madres les traerán palmeras de chocolate cuando vengan a recogerlos.

Nuestros jóvenes beben alcohol como esponjas. Solución: en los colegios no se puede tener ni una gota de alcohol. Ni para guisar en la cocina ni para el botiquín.

Se producen accidentes de circulación en los que se ven involucrados los jóvenes: que les enseñen circulación vial en el colegio.

Nuestros adolescentes dan rienda suelta a sus hormonas y con ello hay contagios, embarazos, etc.: que les den educación sexual en el colegio.

Y así los profesores deben ser nutricionistas, agentes de circulación, sexólogos, etc., etc.

Cuando no, exigimos a los colegios una estricta observancia de los menús del comedor, no ya en su exquisita higiene, sino en su equilibrio y presencia. En casa no nos preocupa tanto que no coman verdura, pescado o fruta. ¡Ya se ponen en el colegio!.

No quiero hablar de la meticulosa preparación de cualquier actividad extraescolar o salida cultural. ¡Todo tiene que estar previsto!. Incluso la cremita protectora para Andresito y el jarabe para Elenita. Elementos ambos que a los mismos padres, posiblemente, se les olvidasen. ¡Pero como se le olviden al profesor....!. Y no digamos si el autobús escolar, por causas ajenas a su programación, se retrasa un poco. ¡Esto no puede consentirse!. ¡Que se prepare el director!. ¡Me va a oír!.

¿Y dónde están los padres en estos momentos. ¿Hasta dónde alcanza su responsabilidad?. Muy sencillo: hasta donde seamos capaces de hacerles comprender que nosotros somos meros ayudantes de unos responsables, que son ellos.

Aún así, hay muchos colegios que, pretenciosamente o inconscientemente han determinado que su misión es “educar integralmente y conforme al carisma de”,

pero se olvida de lo más importante: de que la educación es tarea y responsabilidad de la familia.

La escuela nunca puede ser la responsable de la educación: es co-laboradora (trabajadora con) de las familias en la educación de los hijos.

No podemos quejarnos de que los padres nos dejan “solos ante el peligro” si, previamente, nosotros, en nuestros Principios Educativos y Objetivos fundamentales, les hemos hecho el ofrecimiento de hacerlo en soledad y por nuestra cuenta.

Debe bastarnos una mirada a la Declaración Gavíssimum Educationis sobre la Educación Cristiana para que no haga falta disertar más sobre esto.

“3. Los educadores: Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y principales educadores. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, de las que todas las sociedades necesitan....”

(...)

“5. La importancia de la escuela: ...Hermosa es y de suma trascendencia, la vocación de todos los que, ayudando a los padres en el cumplimiento de su deber y en nombre de la comunidad humana, desempeñan la función de educar en las escuelas. Esta vocación requiere de alma y de corazón, una preparación diligentísima y una continua prontitud para renovarse y adaptarse.”

Queda claro pues, que los padres están obligados y son los primeros responsables y que la escuela ayuda a los padres en el cumplimiento de su deber.

Por tanto, primera tarea que hay que encomendar a nuestros educadores: recordar en todo momento a los padres su responsabilidad y la necesidad de su aportación al proceso educativo. Los hijos no son nuestros, son suyos. Nosotros podemos y debemos ayudarles, pero no podemos sustraerles el derecho y la obligación de educar conforme a principios y valores que solamente a ellos les corresponde escoger y desarrollar.

El colegio está para instruir y educar en otro ámbito y sobre todo para potenciar lo que se está fraguando en el hogar el colegio es un co-laborador, nunca un protagonista.

El desarrollo intelectual, emocional y social de los niños depende de la interacción de la labor de padres y docentes

La educación no se genera a través de compartimentos estancos. Se necesitan canales de comunicación y una acción coordinada para que los niños se desarrollen intelectual, emocional y socialmente en las mejores condiciones. Por ello, la suma del esfuerzo de los dos baluartes de ese proceso, la familia y la escuela, es el camino a seguir. La sintonía entre los dos ámbitos vitales del niño, además de generar confianza entre padres, madres y profesores, estimulará la idea de que se encuentra en dos espacios diferentes pero complementarios.

Está claro que la escuela tiene una mayor responsabilidad en la transmisión de conocimientos académicos, como las matemáticas, el lenguaje, las ciencias sociales y naturales, pero también no debemos olvidar ni permitir que se olvide que la educación en valores es función principal de la familia. Aunque la escuela puede y debe participar de forma complementaria en esa tarea, nunca podrá ejercerla por sí sola.

En este sentido habría que recordarles a las familias que nuestros colegios educan según un ideario concreto y conforme a unos valores, y que esos valores pueden ser complementarios con los que se inculcan en la familia, pero nunca contradictorios entre sí, porque de lo contrario, la pretendida y necesaria co-laboración no se dará y el resultado final será imprevisible.

Por un lado, vemos que ha cambiado el proceso de socialización de los niños, que ahora se caracteriza por el excesivo proteccionismo y permisividad, y además se da un alejamiento del compromiso de la familia con la escuela. También ha cambiado el contexto social y hemos modificado los estilos de vida, primando el ocio, enfatizando los valores del bienestar, el hedonismo, la búsqueda de la satisfacción inmediata, relegando valores sociales y relativizando de manera casi generalizada. Olvidándonos del valor del esfuerzo y del espíritu de sacrificio

Es muy cierto que cuando una familia pretende un colegio determinado, porque su horario, su localización, sus instalaciones, su oferta o, quién sabe qué cosas más le pueden interesar, aunque lo más importante: el ideario, no coincida con sus principios, aceptará y firmará los documentos que se le entreguen con tal de conseguir la plaza escolar, pero también es cierto que objetará y se resistirá a determinadas prácticas habituales en el centro.

A estas familias les contaría el chiste de aquel señor que se monta en el tren y al cabo del rato el revisor le pide el billete. Éste se lo entrega sin dejar de leer su periódico y solo levanta los ojos cuando el revisor, sobresaltado le dice: ¡ oiga, que usted lleva un billete para Cádiz y este tren va para Santander!. El pasajero, inmutable y disciplente le dice: ¡ Y a mí qué!. Eso dígaselo al conductor.

Ese es el caso caricaturizado de esas familias que pretenden montar a sus hijos en un tren que camina en un sentido cuando ellos han escogido, justamente la dirección opuesta. Obligación de los colegios es dar a conocer y asegurarse la comprensión de del ideario, y obligación de las familias es conocer el ideario y participar con los educadores de sus hijos en el desarrollo de un código de valores compartido que haga posible su felicidad futura.

Gran tristeza y desasosiego nos producen noticias frecuentes en las que estos planteamientos, corregidos y aumentados hasta la locura, desembocan en situaciones de violencia y agresiones, no ya de los alumnos, sino de los padres hacia los educadores. Se ha hecho necesario legislar para declarar autoridad al profesor y así disuadir, mediante la consideración de delito cualquier agresión a un profesor, a los padres violentos que sólo conocen un camino para resolver su impotencia ante las dificultades que la educación de sus hijos les plantea.

Se ha pasado del “magíster dixit” (lo ha dicho el maestro”) al “magíster peleari” (me pelearé con el maestro).

“Los padres se han convertido en equívocos abogados de sus hijos”, dice el psicólogo y primer Defensor del Menor, Javier Urra. “Por el trabajo, les dedicamos

menos tiempo del que querríamos, y pensamos que defendiéndolos incondicionalmente demostramos nuestro amor”.

Es necesario exigir a las familias, cualquiera que sea su estructura y situación, y por difícil que ésta sea, un respaldo y complemento a la acción educadora que se lleva en el colegio. Sus hijos están en manos de profesionales que ponen todo su empeño en el bienestar y en su enriquecimiento moral y humano, de manera que sean felices a pesar de la familia en la que les ha tocado vivir o las circunstancias por las que ésta atraviese.

Por eso los educadores, en caso de conflicto familiar, no tomarán parte por ninguno de los “combatientes”: ellos tienen claro que están de parte del inocente en estos casos.

Y puesto que hablamos de felicidad futura, no quiero dejar de recoger aquí la experiencia de tantas y tantas entrevistas de tutoría que he mantenido con familias que acudían al colegio para interesarse por unos malos resultados académicos y que, después de largas conversaciones no me habían preguntado por otra cosa que no fuera eso: resultados académicos.

Hoy, cuando tengo oportunidad de dirigirme a grupos de padres, aprovecho para hacerles una pregunta muy concreta: A vosotros, qué os preocupa más. ¿Qué serán vuestros hijos el día de mañana?, o ¿Cómo serán vuestros hijos el día de mañana?. La respuesta es inmediata y no ofrece dudas: lo que nos importa es cómo serán el día de mañana. Entonces me surge otra pregunta: ¿entonces por qué os interesáis solamente por los resultados de la instrucción y desatendéis la formación?.

Uno de los objetivos de la educación es alcanzar la felicidad de las personas, entendida la felicidad como la explica Pablo Neruda: "La felicidad es interior. No exterior. No depende de lo que tenemos. Si no de lo que somos."

En esta línea, es necesario recordar permanentemente la meta a la que tiene que aspirar toda familia: conseguir que sus hijos sean felices. "Ser feliz en esta vida va a depender, no tanto de las circunstancias que nos toque vivir más o menos favorables, sino, de la forma en que las afrontemos: ésta es la razón por la que resulta vital dotar a los niños de recursos suficientes para ello".

La paradoja de esto es que cuando esta pregunta la hago a un grupo de profesores y les consulto sobre su experiencia al respecto, todos me dicen, sin ningún género de dudas, que lo que más les importa a los padres es qué serán sus hijos el día de mañana.

Una vez más parece que estamos en trenes divididos o en frentes opuestos, cuando la realidad es que tenemos que trabajar en el mismo equipo para conseguir los objetivos

Padres y educadores nos acusamos constantemente cuando las cosas no van bien.

El 60 % de las familias españolas, según la FAD (Fundación de Ayuda contra la Drogadicción), pide a los profesores que eduquen mejor a sus hijos; el 49% pide que los medios de comunicación sean más educativos; el 26% solicita que su pareja se comprometa más; y el 5% pide que la policía controle mejor algunas actividades.

Está claro que cuando nos sentimos desbordados disparamos contra todo lo que se mueva. ¡Hasta la policía tiene que ejercer labores de control sobre nuestros hijos!. Yo pensaba que tenía que controlar a los delincuentes.

Sin embargo, en otro estudio posterior (2009) de de la misma Fundación concluye que el 65% de los educadores pide más atención de los padres a sus hijos. Los profesores opinan que, aunque los padres se preocupan por la educación de sus hijos, no hay una verdadera implicación, ni participación en la escuela.

Consideran que están más en lo externo que lo interno: los padres se encuentran satisfechos de que instruyan al niño y apruebe, no más... Sólo están interesados en las notas y en su hijo; no se quieren preocupar más de lo necesario. Debido a su trabajo y formas de vida delegan la educación de sus hijos en otras personas. Los padres están buscando en la escuela un sustituto de lo que ellos no hacen.

De aquí concluimos que, a la hora de educar todos se pasan la pelota. Los padres señalan a los profesores, estos apelan a los padres y ambos se ponen de acuerdo en que la culpa es... de la televisión.

Parecería que cualquiera puede enseñar pero que casi nadie se atreve a educar.

Los que sí parece cierto es que las familias no se implican como debieran en la educación y que son muchos los padres que se consideran suficientemente implicados en la vida escolar de sus hijos con acudir a las reuniones que, cada cierto tiempo, convoca el colegio. Y eso con suerte, porque lo cierto es que según datos del INCE (Instituto nacional de Evaluación y Calidad Educativa), dos de cada tres padres españoles estima que su participación resultaría nada o poco positiva. Más adelante nos extenderemos en estos detalles.

Resulta llamativo que mientras solamente el 2,3% de los padres (según encuesta a los hijos) les ayuda a hacer los deberes escolares, si preguntamos a los padres este porcentaje se dispara hasta el 80%.

Es evidente que la familia importa mucho en la educación: Los hijos cuyas familias se implican más en la vida escolar, obtienen mejores resultados. A mayor interés de los padres, hijos con mejores resultados en el colegio.

También podemos afirmar que las largas jornadas laborales de los padres inciden negativamente en el fracaso escolar de sus hijos. Los padres no solo llegan a horas tardías al hogar, sino que lo hacen cansados, sin ánimo para dialogar con sus hijos, jugar con ellos o ayudarles en sus deberes.

Y no sólo eso: está demostrado que la falta de presencia de los padres durante muchas horas del día repercute en el preocupante índice de fracaso que sufre nuestro país.

Al hablar de las relaciones familia escuela, abunda un tópico que domina sobre todas las cosas: por norma general, los padres se implican poco en el colegio de sus hijos.

Hay excepciones, afirma el saber popular, pero lo habitual es que pocos progenitores vayan más allá de las tutorías (cuando acuden) y de alguna fiesta de navidad o fin de curso con la que cumplir el expediente.

Además, no falta quien asegura que el fenómeno de la inmigración ha hecho que decaiga aún más el compromiso paterno con el centro educativo en el que escolarizan a sus retoños. Según vienen señalando los docentes, la falta de tiempo (las jornadas laborales de muchos inmigrantes superan las 10 horas) y el desconocimiento de sus derechos aleja a muchos miembros de este colectivo del colegio de sus hijos.

A medida que la escuela ha ido cambiando, también se han modificado las formas en las que se ha vinculado y relacionado con la institución familiar.

A lo largo de la historia se han sucedido importantes transformaciones en este vínculo. Así, las primeras escuelas mantenían una estrecha unión con la comunidad. A principios del siglo XX, comenzaron a distanciarse; la labor pedagógica se fue especializando y haciendo cada vez más compleja, y los maestros enseñaban materias y utilizaban métodos alejados de la experiencia de los padres y madres, que poco tenían que decir acerca de lo que ocurría en el interior de las aulas.

Empezó a considerarse que las responsabilidades de familia y escuela eran distintas, y se veía con buenos ojos que así fuera. Los padres debían enseñar a sus hijos buenos modos, mientras que la responsabilidad de los maestros era la enseñanza de la lecto-escritura, cálculo, etc.

Progenitores y profesores empezaron a perseguir objetivos independientes, lo que en ocasiones derivaba en conflictos. Esta perspectiva ha sido sustituida en los últimos años por la idea de que escuela y familia tienen influencias superpuestas y responsabilidades compartidas, por lo que ambas instituciones deben cooperar en la educación. Padres y profesores tienen que redefinir sus relaciones y sustituir el conflicto por la colaboración.

No obstante, esta tarea no es fácil. Yo diría que cada vez es más compleja. Sin embargo es inevitable abordarla porque es imprescindible. Estamos condenados y abocados al entendimiento, o nuestra labor de educadores, padres y escuela, será estéril.

En ocasiones, los propios profesores tienen una actitud ambivalente con respecto a los padres: de un lado ven su participación, más allá de ciertos límites, como una injerencia o intrusión en su campo profesional, de otro, reconocen que el factor familiar es sumamente importante para conseguir objetivos académicos tanto desde un punto de vista puramente funcional.

Necesitamos encontrar caminos que faciliten la colaboración. Es necesario incrementar la participación “de” y “con” las familias, creando la cultura de la colaboración y superando las tendencias al distanciamiento profesional y a la salvaguarda de la autonomía docente.

Cuando se dan malas relaciones entre familia y escuela, la experiencia nos dice que hay poco contacto entre ambos, porque no se han interesado en conocerse mutuamente. Y ahí, ambas partes tienen que progresar y recordar lo de Mahoma y la montaña.

La participación de los padres es clave porque, al ser un aspecto que se encuentra fuera de la pura relación pedagógica, objetivo central de la organización escolar, su participación hace ver a profesores, padres y alumnos la posibilidad de trascender aquella relación, enriqueciéndola con otros espacios de convivencia que rebasen los estrictamente académicos.

De ahí que la implicación de los padres en el centro sea, probablemente, una de las pocas vías que hacen posible la apertura del centro de enseñanza a la comunidad en la que está inserto, contribuyendo así a una mayor dinamización cultural del tejido social.

Las familias deben establecer con la escuela una particular relación de confianza, mediante la cual delegan autoridad, funciones, objetivos familiares, etc., en esa institución a la que confían sus hijos.

La relación que se entabla entre familia y escuela es tan peculiar que sólo cabe situarla en el marco de la confianza. Es la escuela, como parte de la familia, una prolongación suya, adquiriendo así su pleno sentido.

Esa relación de confianza es la que determina, matiza y da forma al binomio familia - escuela, que debe estar marcado por una actitud de responsabilidad compartida y complementaria en la tarea de educar a los hijos. Ello implica una verdadera relación de comunicación donde padres y maestros establezcan una vía abierta de información, de orientación, sobre la educación de los hijos, constructiva y exenta de tensiones por el papel que cada uno de ellos desempeña.

En este sentido, la familia debe tener una actitud activa y participativa, más allá de las aportaciones puntuales de información sobre los hijos, en la medida que lo requieran los maestros: esto es, trabajar conjuntamente en la orientación de la persona en orden a un proyecto común de educación.

Si no se produce ese acuerdo previo sobre cómo y para qué queremos educar a nuestros hijos, la disfuncionalidad en la relación padres-maestros y en el mismo proceso educativo, estará asegurada. Una escuela no puede limitar su actividad a los campos que sean de su exclusivo interés, sin atender a las necesidades de la familia.

Esa peculiar relación de confianza-servicio es característica de la escuela, particularmente en los niveles de Primaria y Secundaria.

Aún así, aunque la teoría parece fácil, la práctica no lo es. "Hay de todo en la viña del Señor". Nos encontramos con padres peculiares, con relaciones peculiares con sus hijos y con peculiares relaciones con colegios que, a su vez, también son peculiares. ¡Cuánta peculiaridad y qué difícil es abordarla!

En efecto, pero la diversidad produce riqueza, y enriquecimiento eso es lo que buscamos, para nosotros y para todos los componentes de nuestras Comunidades educativas.

Proponemos hacer una clasificación o diferenciación de padres (familias) y centros, para que, partiendo del conocimiento seamos capaces de no permanecer en los defectos y en lo malo de cada uno y extraer lo mejor para intensificar las posibilidades de colaboración y aportación al proceso educativo.

Eso sí, por si se nos olvida luego, no queremos parecer catastrofistas, porque, al contrario, somos muy optimistas ya que nos va mucho en el empeño: no debemos olvidar que lo malo, o lo menos bueno, no es lo más abundante aunque sea lo que más nos llame la atención. Vemos jóvenes que se emborrachan los fines de semana pero, aunque nos llame la atención, afortunadamente son una minoría. No nos llaman la atención los que hacen deporte, estudian, salen con amigos o parejas y se divierten sanamente.

En primer lugar comenzaremos por hacer una pequeña clasificación de los **estilos de padres en función de sus relaciones con sus hijos** y de su estilo para asumir la paternidad.

- **El “Missing”:** corresponde al padre que se encarga de traer el dinero y el bienestar a la familia, que se ocupa de las relaciones laborales y sociales, desligándose de las responsabilidades cotidianas de la educación y crianza de los hijos.
- **El “sobreprotector”:** es aquel que, consciente de los cambios y complejidad del mundo moderno, desconfía de la capacidad del hijo para enfrentar los diferentes desafíos.
- **El “que tiró la toalla”:** observa un mundo que le es desconocido y en el cual no sabe como apoyar sus hijos. Es el padre que abandonó la tarea, puede estar en la casa pero “pasa” en el tema de formar, de educar. No entiende el mundo de los jóvenes, su lenguaje, su forma de relacionarse y no tiene mayor interés o se siente invalidado para comprenderlo y se invalida a sí mismo. Se trata de una mezcla entre padre ausente y despreocupado.
- **El “compañero y amigo”:** es el padre que quiere estar al lado del hijo, ser el bueno, el que entiende y comprende todo, un amigo más. Es el padre consentidor (por bonachón o cansancio), condescendiente, permisivo, complaciente...no pocas veces cómplice. Padre, amigo, compañero, cómplice, un padre que en definitiva no es padre.
- **El “estresado” u “ocupadísimo”:** es aquel que transmite no poder con su vida, con sus problemas o dificultades personales, familiares o laborales. Más que proteger, busca que lo protejan. Es el padre que llega cansado a la casa, que no quiere escuchar ni saber de más problemas, que quiere ver las noticias y que lo atiendan. Los hijos optan por no llevarle más problemas y por lo tanto no recurren a él aunque estén desorientados. No son referentes para sus hijos.
- **“Los Libertarios”** consideran que el proceso de madurar es biológico y corresponde al hijo: nadie madura si no quiere madurar. No tiene sentido, por lo tanto, forzar aprendizajes. Generan hijos desorientados, egocéntricos, sin referencias e impulsivos.
- **“Los Asfixiantes”** Quieren tanto a sus hijos que viven obsesionados con que no les pase nada. Suelen leer muchos gestos como ingratitud (con lo que yo hago por ti). Generan hijos pasivos o temerosos.
- **El “empresario”** concibe la educación de sus hijos como una inversión y todo lo basan en el premio o castigo material.

- El “**padre- padre**”: aquel que asume su rol y se siente contento de su función, pero consciente de sus limitaciones y capacidades. Sin mayores culpas sabe que debe buscar día a día nuevas formas para acompañar y educar a sus hijos, sabiendo que eso le va a suponer a él también un proceso de adaptación y crecimiento. Consciente de su paternidad, sabe que su tarea es ayudarlos a volar alto ofreciendo bases sólidas.

Ahora recogemos dos clasificaciones de familias en función de sus relaciones con el colegio. Con este planteamiento no queremos afirmar que las características de estos padres provocan las dificultades escolares de sus hijos, sino que cuando esas dificultades aparecen, disponen de menor capacidad para abordarlas.

- **Los padres anónimos** se sienten olvidados por los profesores, notan que no cuentan con ellos, tienen dificultades para comprender la dinámica escolar y posiblemente también para utilizar el mismo código comunicativo de la escuela. Es previsible que exista una cierta correlación entre el contexto sociocultural bajo de las familias y la mayor presencia de este tipo de padres. También es posible que los padres anónimos tengan hijos anónimos en la escuela, a los que apenas se presta atención y que pasan inadvertidos para los profesores.
- **Los padres poco dispuestos** son más visibles. No suelen tener tiempo para ocuparse de sus hijos ni para mantener relaciones con los profesores. Tienden a negar las dificultades de sus hijos o a atribuir las en exclusiva a la acción de la escuela. Cuando los problemas se manifiestan con mayor claridad, suelen adoptar iniciativas que no les comprometan personalmente: cambiar al hijo de colegio, buscar un profesor particular o llevarlo a una academia por las tardes.
- El tercer tipo de padres, **los inefectivos**, son los que quieren colaborar con la escuela y ayudar a su hijo en casa, pero no saben cómo hacerlo. Su actitud, su exigencia, su falta de habilidad en suma, conduce a que las relaciones con los profesores sean conflictivas y como consecuencia de ello, los profesores los eviten. Según la disposición de los profesores, una actitud comprensiva, puede ayudar a reconducir la relación con esos padres.

Y por último citamos una clasificación propia, extraída de la experiencia y de la relación frecuente con familias en colegios. Con ello no pretendemos generalizar ni dogmatizar. Está claro que ninguna familia debería darse por aludida y que ninguna de estas tipologías se da “en estado puro”. Más bien, casi todas manifiestan rasgos de una u otra tipología.

Los padres ausentes:

Son padres “missing”. Desaparecidos en combate. Que no saben/no contestan. Cuando se les pregunta por su participación en el colegio afirman con rotundidad: “Una vez estuve en una reunión”. Si se les preguntan las razones por la que no van más al colegio de sus hijos, afirman que no quieren molestar a los profesores ni que les tome por pelotilleros, como esos padres que están siempre intentando ganarse a los profesores. Se justifican diciendo que cumplen con sus obligaciones: pagan el colegio religiosamente, firman los justificantes que les traen sus hijos, ven y firman las notas mensuales, y ... hasta se enfadan con los hijos si no son buenas.

Suelen tener perfectamente repartido el trabajo en el colegio con sus mujeres. Ella suele ejercer de “madre viuda”. Acude sola a todas las entrevistas y reuniones;

habla con los profesores e intenta poner remedio (no siempre con éxito) a los problemas que surgen, y a veces les dice a los profesores: “Que dice mi marido, que si hace falta viene él”.

Cuando hay problemas “importantes” (novillos, malas notas, etc.) él hace entradas salvadoras pero entonces no habla con los profesores, pide hablar con el Director personalmente.

Se autojustifican: “total qué voy a hacer yo”. “Ya son mayores. “Ahora tengo mucho trabajo”. “En definitiva, no son grandes problemas y se solucionarán por sí solos”.

Se suelen ayudar de “hijos perspicaces”: “es mejor que no vayáis ahora. La señorita tiene mucho trabajo y está muy ocupada”. “Me ha dicho que estoy mejorando y que si sigo así...”.

Los padres clientes:

Un grupo en aumento en nuestros días. Su argumentación fundamental pasa por: “yo pago, luego tengo derecho a exigir”. Los hijos aprenden rápidamente de ellos: “esto me lo tiene que explicar porque me ha dicho mi padre que es su obligación”.

Este tipo de padres, no obstante puede subdividirse en:

- **Los clientes “guerreros”:**
Conocen a la perfección “todo” lo relacionado con la educación. Tienen dos o tres títulos, alardean de ello y son capaces de enseñar hasta al profesor. Monopolizan las reuniones colectivas con “su” problema. Lo que se les dice de sus hijos constituye ataques personales. Siempre están dispuestos a la gresca para hacer valer sus derechos y el conocimiento de lo que hay que hacer junto con la incompetencia de los demás
- **Los clientes “de corrillo”:**
Todo lo comentan en corro: en la puerta, en el bar, en la tienda, ... En Argentina constituyen “el síndrome de la vereda (acera)”. Pueden tener razón pero la forma que utilizan para solucionar los problemas, además de no conducir a la solución, no es la más adecuada: crean mal clima entre el resto de padres.
- **Los clientes “clásicos”:**
Son menos agresivos que los “guerreros” y menos amigos de corrillos. Sólo le interesan los resultados: ha enviado a su hijo a este centro para que apruebe y espera que así suceda. No le preocupan ni la formación en valores, ni el ideario, ni la tutoría,... analiza los porcentajes de aprobados y suspensos y si son buenos, entonces está satisfecho. De lo contrario pide que se tomen medidas con aquel profesor que no está dando la media de aprobados conforme al resto de la media autonómica o estatal.

Los padres atentos:

Están correctamente preocupados con las cuestiones del colegio de sus hijos. Mantienen una buena relación familia colegio y están dispuestos al intercambio y aportaciones. En las reuniones saben dar su punto de vista. Visitan a los tutores de

sus hijos y reconocen y valoran su trabajo. Valoran y comprenden todos los aspectos de la educación. En función de la edad de los hijos, participan y les acompañan en sus actividades escolares y extraescolares, si es que pueden y es aconsejable. Como no van al colegio sólo por motivo de las calificaciones, sus hijos no temen su visita al centro y la ven como normal.

Los padres activos:

Se parecen a los atentos, pero colaboran más con la tarea del colegio y mantienen un compromiso con él porque sienten el centro como propio. Respetan las estructuras y no interfieren en su funcionamiento. Colaboran con los profesores en función de sus posibilidades y les prestan ayudas valiosas. Participan en APAS, consejos escolares, delegados de padres, etc.. Dinamizan a otros padres para que participen en la vida escolar. Como es habitual y frecuente su presencia en el colegio, no importunan a sus hijos con su presencia. Frente a sus hijos, hacen valioso al centro y lo llegan a considerar su segunda casa.

Junto a estos tipos de padres, en estrecha relación e interactuando con ellos, también podemos encontrar distintos tipos de colegio que modifican, corrigen y aumentan las actitudes, virtudes y defectos de los primeros.

El colegio desconocido eficiente:

En este tipo de colegios los padres son ignorados porque se considera que traen problemas o son considerados padres clientes que lo único que les preocupa son los resultados. Por eso se pone énfasis en su consecución a toda costa.

Apenas se da información a las familias: al final los resultados es lo que importa. Son colegios “cerrados” de 9 a 5. No suelen ofrecer posibilidad de participar a las familias. Cumplen los programas y son eficientes. Se preocupan más de la instrucción que de la formación humana. Los profesores son considerados “trabajadores de la enseñanza” y se les exige que los resultados sean buenos y que actúen conforme a lo establecido. son centros idóneos para padres clientes y/o para padres ausentes,

El colegio organizado legal:

Suelen ser centros bien organizado y que alcanzan buenos resultados. Programan actividades abundantes, tiene buenos patios y, frecuentemente, buenas instalaciones. Se acoge bien a los padres y para ello se organizan, cuidan y mantienen estructuras, APAS, etc.. Se programan y se levantan a cabo entrevistas y reuniones informativas. Las estructuras existen porque lo dice la ley pero no porque estén convencidos de que es lo mejor para la vida escolar. Ni padres ni dirección se creen las ventajas de la participación y co-laboración. Les falta cercanía y trato familiar y afable. Las relaciones suelen ser débiles y languidecen a la menor oportunidad. Las cosas existen pero...

El colegio Comunidad educativa

En él cada estamento ha encontrado su sitio. Cada uno co-labora desde su función y respeta la de los demás. En ellos se concibe la educación como un servicio al desarrollo armónico de las personas. La escuela no acaba con la clase: se prolonga en otros ámbitos. Los padres y los profesores se aprecian y valoran. Se programan y organizan encuentros formales e informales. Se intercambian y comparten objetivos educativos. Los padres conocen las dificultades del centro y le ayudan, responsablemente, a superarlas. Familias, alumnos y profesores lo sienten suyo

Y, al final, ... razones para la esperanza (con permiso de J. L. Martín Descalzo. Q. e. p. d.)

Vemos pues que colegio y familia son dos universos amplios, variados y con limitaciones pero ricos con posibilidades.

Ambas instituciones precisamos de un análisis sereno que nos permita saber dónde estamos, decidir a dónde queremos llegar y establecer los itinerarios para conseguirlo, escogiendo compañeros de viaje.

Necesitamos re-elaborar un proyecto que permita aunar la oferta educativa del ideario escolar con ese gran ausente en los hogares españoles: el proyecto educativo familiar.

Es necesario que las familias se paren unos instantes para diseñar sus objetivos, planificar sus estrategias y, desde la comprensión de las diferencias y limitaciones, se pongan manos a la obra con los colegios para conseguir para sus hijos, además de una cultura, que vendrá por añadidura, una formación que permita a sus hijos ser felices y realizarse como seres únicos, felices y en plenitud, que es como Dios los pensó desde el principio de los tiempos.

Quizás entonces comprendamos que, no es que estemos llamados a comprendernos y a trabajar juntos: es que la comprensión y la co-laboración es el camino.

Por nuestra parte, **¿qué deberíamos hacer en los colegios?**.

Una vez más, poner más de nuestra parte.

¡¡ ¿Aún más? !!. Sí, aún más.

En primer lugar empecemos a pensar, como lo hacía mi madre del matrimonio: Que esto de la educación no es la feria de Valverde, que el que más pone es el que más pierde. Hay que poner si se quiere recoger.

Está claro que la familia está como está. Bastante tiene con lo suyo. También está claro que los colegios están como están y bastante tenemos con lo nuestro.

Pero si nosotros, que podemos, no damos los pasos, ¿quién los va a dar?.

Para empezar propongo una somera revisión de nuestros planteamientos. Una revisión simple y sencilla como los ejemplos que ponemos a continuación.

Está claro (lo decimos, lo repetimos y queremos que así nos consideren) que “el colegio es la segunda casa de los alumnos”. Entonces, ¿por qué no actuamos como tal?.

No digo que no estemos abiertos mucho tiempo: por desgracia, estamos demasiado; tampoco quiero decir que no le ofrezcamos servicios que exceden nuestra pura labor docente: también somos demasiado prolijos en actividades y servicios. A lo que me estoy refiriendo es a que no les acogemos ni les hacemos sentirse como si estuvieran en su casa. Cuando vienen los padres, no siempre son bien recibidos (¡Claro. Suelen traer problemas!). Les reciben en portería. A veces con frialdad o desacierto porque la persona que está allí no es la más cualificada para esa función.

Y, tan pronto como comienzan a contar su problema, enseguida les espetamos: “el profesor recibe los martes. Pidan cita a través de su hijo”.

¿No sería mejor ofrecer una respuesta más “familiar”?, como por ejemplo: “El profesor recibe los martes pero si usted cree que hay otra persona que le pueda resolver el problema o si podemos hacer otra cosa por usted... No obstante, le paso recado al profesor por si puede hacer un hueco y les puede recibir a otra hora”.

Quizás es que tenemos muy seguro que ese alumno seguirá matriculado en nuestro centro, pase lo que pase, o que pensamos que no pasa nada por tener un alumno menos (si es que se enfadan y deciden llevarse a su hijo).

Y es posible que sea así (todavía). Pero entonces ¿de qué misión educadora y evangelizadora hablamos en el colegio?

Pero... no podemos hacer esto con todos, me dirá alguien. Entonces es que no hemos entendido nada. Primero: no vendrán todos con este problema. Vendrán solamente quienes lo tengan. Segundo: y si vienen todos... ¿qué?. Solucionaremos hasta donde podamos y luego... Dios dirá. No vaya a ser que por reservarnos, nos quedemos sin salir a bailar. ¿Y entonces qué función podremos decir que cumple nuestra escuela?

Por otra parte, y cambiando de tema para que pueda servir de ejemplo distinto para esta reflexión: nos quejamos de que los padres no vienen a las reuniones y de que no acuden nada más que cuando hay un problema.

Eso, dicho así no es cierto ni justo: algunos padres no asisten a las reuniones y algunos (la minoría) no viene nada más que cuando hay problemas. ¡Eso puede ser!.

¿Y ahora qué hacemos?. ¿Programamos menos reuniones?. ¿Nos desalentamos más y nos cargamos más de razón a fuerza de repetirlo?. ¿Nos sentimos despreciados y devolvemos la misma moneda?.

Conozco un colegio que suprimió las reuniones con los tutores porque la asistencia era muy irregular y algunos tutores estaban casi solos mientras otros contaban con una asistencia muy numerosa. ¡Así no hay diferencias!. ¡Y se han quedado tan anchos!.

Lo más lógico sería preguntarse por las razones que hacen que los padres no asistan: horarios inadecuados, reuniones mal organizadas, falta de preparación, ausencia de contenidos, etc.. Y a partir de ahí, pongamos remedios concretos: otro horario, estructuración de las reuniones, apoyo a aquel profesor que tiene dificultades, puntualidad en la finalización, periodicidad, contenidos novedosos y actuales.

Si lo que queremos es cumplir y cubrir el expediente, la reunión con las familias es fácil. Aunque sea una pesadez. Cada año el mismo rollo. Cada año las mismas instrucciones. Cada año las mismas quejas. ¡Siempre lo mismo!. Ya sabemos: “Si seguimos igual, solo conseguiremos... lo mismo!.

¿Qué pasa con las escuelas de padres?. “Las organizamos, ponemos todo nuestro empeño y luego vienen cuatro”. ¿Es que los cuatro no se lo merecen?. ¿Es que el éxito está en el número de asistentes?. A lo mejor es que llevamos una cuota por taquilla.

Somos cristianos, católicos y profesionales: tres atributos, tres dones, que no nos pueden permitir actuar como lo venimos haciendo. ¡Seamos consecuentes!

Una última reflexión para los colegios: ¿cuántas horas pasa un niño en el colegio a lo largo del día?. Ahora multipliquemos esas horas por el número de días del curso y por el número de cursos que pasan en nuestros colegios.

Después analicemos. ¿qué es lo que se lleva ese alumno de este colegio después de haber pasado casi una cuarta parte de su vida con nosotros?. ¿Qué parte de nuestro ideario y de nuestros valores hemos sido capaces de transmitirle?. ¿En qué hemos conseguido poner nuestra impronta?. ¿Qué, de valor, se lleva para su vida futura?.

Dejadme que os haga una pregunta maliciosa (y con perdón de los profesores de química, conocimiento del medio-geografía, u otras disciplinas): ¿cuántos de vosotros recordáis la tabla periódica de los elementos y las valencias de cada uno de los metales, no metales, etc.?; ¿cuántos os acordáis de los afluentes del Guadalquivir?; ¿cuántos calculáis el interés compuesto que os debe abonar una entidad financiera por un depósito?. Y lo que es más: ¿cuántas veces os han sido necesarios estos conocimientos para ser felices y llegar a ser lo que sois?.

¿Entonces por qué ponemos el carro antes que los bueyes y nos preocupamos hasta la crispación porque sean capaces de formular con soltura, porque no son capaces de recitar de memoria los afluentes de un río; o porque olvidaron la lista de los reyes godos?.

¿Cuántas horas pasa un alumnos estudiando inglés, en el colegio, a lo largo de su vida?. ¿Cuánto esfuerzo, y a veces dinero, invierten los padres en profesores, particulares, clases extraescolares, viajes al extranjero, etc.? ¿Merece la pena todo ese esfuerzo para el habitual resultado final?. ¿Qué está pasando?

La respuesta la tenéis vosotros y no necesitáis que yo la dé.

¿Y los profesores? ¿Qué podemos hacer por mejorar esta situación?

Está claro que no podremos solucionar de un plumazo todos los problemas que presenta la relación familia-escuela, pero comencemos por solucionar los más fáciles y aquellos que están dentro de nuestras posibilidades.

Imaginemos dos círculos concéntricos ante nosotros. En el mayor introduciremos todo aquello que, desde nuestro punto de vista de educadores, nos inquieta: la ausencia de valores, el botellón, la falta de voluntad, la disgregación familiar, el futuro incierto de la juventud, etc.. A este círculo le llamaremos, círculo de Preocupación.

Ahora pensemos en el otro círculo contenido dentro del anterior. En él colocaremos todo aquello que nos preocupe desde nuestro punto de vista de educadores, pero sobre lo que pensemos que podemos actuar o tener posibilidades de ejercer nuestra influencia para solucionarlo: las dificultades escolares de Inés, el desencuentro de Luis con sus padres, la falta de voluntad de Ana, las malas amistades de Laura, etc.. Este es el círculo de Influencia y sobre él sí debemos y podemos intervenir.

En segundo lugar, y sin olvidar estos planteamientos, recordemos que cuando nos referimos a familias o a alumnos con problemas, nos estamos refiriendo a una minoría.

Estadísticamente los datos, sean de lo que sean, se agrupan en torno a una curva que se llama “normal” (campana de Gauss) y que recoge en sus extremos a una minoría, mientras que la gran mayoría está “en torno a la media”. Por tanto, cuando hablamos de familias nada colaboradoras o muy colaboradoras, no podemos generalizar intentando que sean éstas la mayoría. La mayoría son, simplemente colaboradoras:

Por la misma razón, cuando hablamos de dificultades de relación con las familias o de alumnos con bajo nivel de motivación, no debemos de caer en la tentación de pensar que son mayoría. Es más, siguiendo con la estadística, Pareto, estableció otro principio: el del 80/20. Según él, en el caso que nos ocupa, el 80 % de los problemas están causados por el 20 % de las familias o el 80% de los suspensos recaen en el 20 % de los alumnos. Y así sucesivamente podemos extender este razonamiento a todas las áreas que nos ocupen, pero pensando en consecuencia, concluiremos que no son tantos los casos que tenemos.

Pues bien, de esos casos, centrémonos en algunos que creamos que podemos solucionar y, después de analizarlos y planificar con detalle su solución, (Piensa bien y acertarás) pongámonos manos a la obra. Veremos como sí obtenemos resultados.

Entonces, y resumiendo, hasta ahora tenemos dos propuestas: trabajar solamente en aquello que queda dentro de nuestras posibilidades, dimensionar el problema adecuadamente sin generalizarlo.

En tercer lugar, no hablemos en impersonal: la escuela, los alumnos, los profesores: Hablemos en primera persona: yo, mi colegio, mis alumnos, y siempre olvidándonos de lo general: la sociedad, la legislación, para tener presente lo que nos interesa: los niños (nuestros niños). Entonces nos sentiremos más comprometidos, más capacitados, más vinculados, más motivados, más... Pongamos nombres y apellidos concretos a los problemas y no pretendamos solucionar más que los que podemos.

“No eches más parva de la que puedas trillar”, dice el refrán. Trabaja este curso de manera intensa en la solución de esos casos que crees que podrás solucionar o, por lo menos, contribuir a la mejora. Cuando lo hayas logrado (porque no me cabe duda de que lo harás), habrá crecido tu autoestima, te sentirás contento contigo mismo, te sentirás capaz de intentarlo de nuevo y, sobre todo, tu clase, tu colegio, la sociedad, la familia, el autoconcepto del profesorado, será un poco mejor.

Y sobre todo, no eches la culpa a los demás. Ni tampoco caigas en planteamientos nostálgicos: “Yo me acuerdo...”; “Es que antes ...”; “Es que con estos alumnos...”; Es que ahora...”.

¡Si pones excusas, no me sirves!

Cualquiera podría hacerlo como se hacía antes, con otros alumnos, con otras familias, con otros medios. No te quedes en mediocridades. La tarea del educador no es una tarea para mediocres. El educador es la persona que transmite vida y esperanza.

Los profesores de hoy han de dejar de ser aquellos que “profesaban-peroraban”. Han de tener presente la función social y evangelizadora que se les asigna y desempeñarla como verdaderos escultores infatigables, como primorosos jardineros llamados a la grandiosa tarea de educar.

Y si no, permitidme que cite textualmente una frase de M. Carmen Sallés y que recoge magistralmente algunos de mis últimos argumentos: *“Recordemos que la instrucción sola no basta: es necesario entrar en el corazón de los niños para ganarnos su amor y llevarlos a Dios pues es donde está el verdadero amor”. “Por eso os repito que seáis aljibes que se llenan cada día por el estudio y la oración, de ciencia y virtud, para después repartirlas”.*

Pues bien: a llenarnos de sabiduría, a cargarnos de virtud, para seguir siendo válidos para nuestros alumnos y seguir siendo los dinamizadores de una relación entre dos instituciones: familia-escuela, cargadas de necesidad, de ilusión y de esperanza.

Quizás entonces les hagamos comprender a ambas instituciones, que necesariamente, han de dejar de reprocharse mutuamente para ponerse a trabajar, juntas y prioritariamente, en la **enseñanza de valores, normas y costumbres; en el desarrollo de habilidades para la vida; en la educación en destrezas básicas para el aprendizaje; y en la transmisión de normas y responsabilidades**, entonces, todos, entenderemos lo que de verdad importa, y relegaremos otras cuestiones que nos ocupan y hacen perder la mayor parte de nuestras energías.

Y con esto ya nos aproximamos al final de nuestra reflexión sobre la aportación de las familias al proceso educativo de sus hijos. Como decíamos en el título, una relación necesaria aunque no por ello menos difícil. Máxime en estos tiempos.

Y no es que nos estemos haciendo mayores o sintamos nostalgia de tiempos pasados, pero creemos e insistimos en que es necesario recuperar la cordura y no sentir que estamos en dos equipos distintos. Es mucho lo que nos jugamos ambas partes: La familia, su objetivo fundamental; el colegio su razón de ser y la posibilidad de cumplir con su función.

Por eso dejemos de vernos enfrentados y opuestos y veámonos como complementos necesarios y valiosos. Dejemos de acusarnos y de airear nuestras limitaciones y valoremos nuestras aportaciones encontrando posibilidades.

Todo un reto compartido con esos seres escogidos, que son los educadores, y un canto de esperanza en el que estoy seguro de que no estoy solo.

Es posible que esté dispuesta a la tarea, hasta la diosa Hestía, una de los doce dioses del Olimpo, hija de Cronos y Rea, y nacida del estómago del primero. Quizás nos ayude, como protectora de la vida familiar y del hogar, en la tarea de acompañar el largo viaje de muchas familias que intentan superar sus dolores, corregir sus errores, acertar en sus decisiones y mejorar cuanto constituye el meollo central de sus nobles aspiraciones.

Que así sea.

Juan Antón